

El dominio de uno mismo: el fruto del Espíritu

Gál 5, 22-25

Pbro. Silvio Marinelli Zucalli

*Pero el fruto del Espíritu es:
amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe,
mansedumbre y dominio propio...
Ahora que vivimos en el Espíritu, andemos en el Espíritu.*

Pablo completa su visión del fruto del Espíritu con un último aspecto: la templanza o dominio de sí mismo. El no dejarse arrastrar por las pasiones, por la indolencia, sino ser dueño de sí mismo en cualquier circunstancia; no dejarse llevar por excesos.

El discurso acerca del dominio de sí mismo, el control de las pasiones, suena a algo desentonado a los oídos de la cultura contemporánea. Ésta se hace paladín de la libertad humana, de la espontaneidad en la expresión de uno mismo. Por eso el discurso cristiano sobre el dominio de sí mismo debe ser propuesto de manera correcta, mostrando los valores y el atractivo.

El dominio de sí mismo es señal de madurez e integración de las dimensiones de la personalidad humana. Manifiesta fuerza de carácter y firmeza de voluntad.

Tiene algo como una nota de competencia deportiva. Como para los atletas se requiere el entrenamiento: “¿No saben que en las carreras del estadio todos corren, pero uno solo recibe el premio? Corran de manera que lo consigan. Los atletas se privan de todo; y eso por una corona corruptible; nosotros, en cambio, por una incorruptible” (1 Co 9, 24-25). El dominio de sí mismo implica la capacidad de renuncia, pero es una renuncia voluntaria, de cara a un bien que nos atrae con fuerza.

El dominio de sí mismo atañe en particular al campo del amor y de la sexualidad. Estas son fuerzas para amar. Son buenas, creadas por Dios. El amor es una fuerza nativa y fundamental que empuja a hombre y mujer a trascender a sí mismos, para abrirse al otro o los otros, para dar y recibir amor. “El amor es la nativa y fundamental vocación de cada ser humano” (Juan Pablo II). Es la fuerza que nos hace romper las ataduras del egoísmo, del ego-centrismo para encontrar al otro. Esta fuerza puede llegar a ser destructiva de uno mismo y del otro. El dominio de uno mismo no es lucha contra el gozo, el placer y la felicidad. Es compromiso para vivirlos en plenitud, en coherencia con los valores asumidos libremente. Es manifestación de respeto del otro, de consideración auténtica de su dignidad. El prójimo no es un objeto del cual obtener placer, sino un compañero de viaje para respetarlo, cuidarlo en su belleza y dignidad, valorarlo en sus aspectos específicos.

La tradición ascética cristiana siempre ha subrayado la importancia de esta dimensión, no por motivaciones de fobia del sexo o por miedo, sino porque siempre ha visto en este campo la fuerza más grande de maduración de la persona y un sector particularmente delicado, en el que se pueden esconder los gérmenes de la violencia y del egoísmo.